Laura Bellini



Un pedazo más de la noche

Ella no quiere ser un intermedio entre sus conciertos

Un pedazo más de la noche

Ella no quiere ser un intermedio entre sus conciertos

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384901649

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Las reglas del juego..... 12
Capítulo 2 - Fuera del guion 25
Capítulo 3 - Cuando se apagan los altavoces 38
Capítulo 4 - Lo que no se escucha..... 52
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 67
Capítulo 6 - La melodía que no quería terminar 81
Capítulo 7 - Entre una nota y otra..... 95
Capítulo 8 - Un lugar al que regresar 107
Capítulo 9 - El riesgo escrito en las notas 120
Capítulo 10 - Un pedazo más de la noche..... 132
Capítulo 11 - Una mañana sin excusas 145
Capítulo 12 - El mapa de los planes ajenos 158
Capítulo 13 - El precio de una noche..... 169
Capítulo 14 - La verdad entre las palabras 182
Capítulo 15 - Decisiones que no se pueden deshacer 195
Capítulo 16 - El silencio después del último acorde 208
Capítulo 17 - Lo que no se puede llevar de gira 220
Capítulo 18 - El ritmo que hay que aprender 232
Capítulo 19 - El último concierto..... 244
Capítulo 20 - Nuestro propio ritmo..... 257

INTRO

La primera vez que escuché a Cyril Nowak tocar el contrabajo, estaba intentando salvar mi futuro de un hombre armado con un taladro.

Era jueves, las diez y veinte de la noche, y el club de jazz Półton, situado en una de las calles secundarias de Katowice, iba a cerrar dentro de seis semanas. No para siempre. Al menos, eso aseguraba el propietario. Había que renovar las viejas instalaciones, eliminar la humedad de las paredes y reconstruir el escenario. El problema era que los obreros ya se comportaban como si el local les perteneciera.

—Si volvéis a perforarme un cable de señal, os haré pagar todo el sistema —advertí desde lo alto de una escalera.

El hombre del chaleco naranja me miró desde abajo.

—¿Es usted quien manda aquí?

—¿En cuestiones de sonido? Sí.

—¿Y en cuestiones de paredes?

—Las paredes darán igual si durante seis semanas no conseguimos celebrar ni un solo concierto.

No parecía convencido, pero dejó el taladro a un lado.

Tenía treinta y tres años, mi propio negocio y cada vez menos paciencia con las personas que creían que una mujer detrás de una mesa de mezclas estaba allí únicamente para pasar micrófonos. Llevaba nueve años encargándome del sonido de conciertos, festivales y grabaciones. Podía identificar un monitor mal conectado con solo escuchar una nota, y reconocer una catástrofe inminente por la manera en que un organizador aseguraba que todo estaba bajo control.

Aquella noche, la catástrofe venía envuelta en una presentación especialmente elegante.

Sobre una mesa junto a la pared descansaba el contrato que había firmado para encargarme del sonido del último ciclo de conciertos del Półton. Seis semanas de trabajo, unos honorarios suficientes para sustituir mi equipo, ya bastante desgastado, y una condición importante: ningún compromiso adicional después del cierre del club.

Dentro de dos meses pensaba poner en marcha mi propio proyecto de grabación. Sesiones musicales íntimas, registradas en directo, sin grandes agencias ni artistas convencidos de que su agenda era más importante que la vida de todos los que los rodeaban. Ya había alquilado un pequeño estudio en Ligota. Había firmado los primeros contratos. Por primera vez en mucho tiempo, iba a hacer algo siguiendo mis propias reglas.

Entonces escuché el contrabajo.

Primero llegaron unas notas aisladas y profundas que consiguieron abrirse paso entre las conversaciones de los técnicos y el zumbido de la ventilación. Después, una frase musical breve, interrumpida justo donde esperaba que encontrara su resolución. El músico volvió a empezar, esta vez más despacio. No intentaba impresionar con su velocidad. Dejaba espacio entre las notas, como si quisiera comprobar si alguien se atrevería a llenarlo.

Bajé de la escalera.

Sobre el escenario había un hombre alto, vestido con una camisa oscura de mangas remangadas. Tenía el pelo corto, ligeramente despeinado, y esa clase de concentración que hacía pensar que su mundo entero terminaba en cuatro

cuerdas. El contrabajo descansaba contra su cuerpo con la naturalidad de un objeto utilizado durante muchos años.

No me vio enseguida.

O tal vez solo fingió no verme.

—Tienes el segundo canal saturado —dije.

Dejó de tocar.

—Buenas noches a ti también.

—Buenas noches. Tienes el segundo canal saturado.

Miró hacia la mesa de mezclas.

—Ya lo oigo.

—Entonces, ¿por qué sigues tocando?

—Porque quería saber si tú también lo oirías.

No me gustaban ese tipo de respuestas. Especialmente cuando venían de hombres que parecían saber exactamente cómo aprovechar el silencio.

—Si esto era una prueba, podrías haberme avisado.

Sonrió ligeramente.

—Cyril Nowak.

Conocía aquel apellido. El propietario del club lo había mencionado varias veces al presentar el programa del ciclo de despedida. Treinta y ocho años, contrabajista reconocido, actuaciones en Polonia y en el extranjero. Un hombre cuya agenda, al parecer, organizaba otra persona.

—Tamara Kruk.

—Lo sé.

—Eso te da ventaja.

—Una ventaja pequeña. Tú ya sabes que mi segundo canal suena fatal.

Tenía una voz más grave de lo que esperaba. Serena, un poco ronca, sin rastro de afectación escénica. Me observaba con atención, pero sin esa insistencia que exige una respuesta inmediata. Resultaba irritante. Sobre todo porque me apetecía responderle.

Me acerqué a la mesa de mezclas y corregí los ajustes. Volvió a tocar. Esta vez, el sonido se extendió por el club casi vacío con suavidad y profundidad, sin aquella aspereza innecesaria.

—¿Mejor? —pregunté.

—Mucho.

No dejó de tocar. Durante un rato me quedé escuchándolo, con una mano apoyada en el fader. No conocía la melodía, pero tenía algo inquietantemente familiar. Me recordaba a esos regresos tardíos a casa en los que uno todavía no está preparado para girar la llave en la cerradura.

Entonces Cyril levantó la mirada.

—Quédate un momento.

No sonó como una orden. Más bien como una propuesta que se le había escapado antes de poder pensársela.

—Estoy trabajando.

—Yo también.

—Entonces tenemos algo en común.

—Espero que tengamos más cosas.

No respondí.

En lugar de hacerlo, miré el reloj. Tendría que haberme marchado diez minutos antes. A la mañana siguiente tenía una reunión relacionada con mi estudio, y en el teléfono me

esperaba un mensaje de la propietaria del local pidiéndome que confirmara definitivamente la fecha de las primeras grabaciones.

Cyril dejó el arco y comprobó la hora en la pantalla de su móvil. Antes de apagarla, vi una notificación de llamada de alguien guardado como «Marek — gira». No le prestó atención, pero la pantalla volvió a iluminarse poco después.

—¿No vas a contestar? —pregunté.

—Hoy no.

—Suena a lujo.

—Más bien a un asunto pendiente que mañana será todavía mayor.

Lo observé con más atención. Tenía señales de cansancio bajo los ojos que probablemente no habría advertido durante un concierto. Sobre el estuche colocado a su lado descansaba una hoja arrugada con fechas de actuaciones. Varias ciudades y horarios de salida anotados muy juntos. Lugares donde alguien estaría esperándolo antes de que tuviera tiempo de descansar del concierto anterior.

Conocía aquel mundo lo bastante bien para saber con qué facilidad podía tragarse todo lo que no fuera música.

—Parece que eres un hombre ocupado.

—Demasiado ocupado como para que eso diga algo bueno de mí.

Esta vez no sonrió.

Roman, el propietario del Półton, apareció en la puerta con una carpeta bajo el brazo.

—¡Perfecto, estáis los dos! —exclamó—. Tamara, mañana hablaremos de los cambios en el programa. Cyril tiene una idea para la última noche.

Me puse rígida.

—¿Qué cambios?

Roman miró al músico.

—Todavía no está todo decidido.

—Entonces, por favor, no prometas nada a los artistas antes de que compruebe las posibilidades técnicas.

—Precisamente por eso necesitamos que trabajéis juntos —respondió Roman mientras se retiraba hacia la zona de servicio.

Cyril me observó durante unos instantes.

—No te gustan las sorpresas.

—Sí me gustan. Cuando no me cuestan tres días adicionales de trabajo.

—¿Y si merece la pena?

—Depende de quién pague el precio.

Apoyó una mano en el mástil del contrabajo. Por un momento tuve la impresión de que estaba a punto de decir algo importante, pero se limitó a asentir.

—Una forma justa de verlo.

Apagué el último monitor de escenario. El club quedó sumido en la penumbra, mientras desde detrás de la barra llegaba el sonido de unas copas que alguien estaba guardando. Cyril levantó el estuche del suelo y se apartó para dejarme pasar por el estrecho pasillo. No intentó retenerme ni convertir nuestra conversación en otra broma de tono coqueto.

Y, sin embargo, al llegar a la puerta, me volví.

Seguía junto al escenario, con el rostro parcialmente oculto por la luz cálida de una lámpara. Parecía distinto de unos momentos antes. Menos el músico cuyo nombre aparecía en los carteles y más un hombre enfrentado a una decisión que todavía no sabía cómo explicarle a nadie.

—¿Tamara? —me llamó.

—¿Sí?

—Esa pieza todavía no tiene título.

—Supongo que ese es tu problema.

—Puede ser. Pero me gustaría que mañana la escucharas hasta el final.

Deslicé los dedos por el frío picaporte. Tenía un plan preparado, contratos firmados y una vida que, con muchísimo esfuerzo, había aprendido a organizar alrededor de mis propias necesidades.

Y aun así, no quería marcharme.

—Ya veremos, Cyril.

Sonrió como si aquella respuesta le bastara por completo.

Fuera caía una fina lluvia de noviembre. El teléfono vibró en mi bolsillo. El mensaje de la propietaria del estudio exigía que confirmara la fecha antes de la mañana siguiente. Tendría que haber respondido inmediatamente, pero me quedé bajo el letrero del club, escuchando cómo el contrabajo volvía a sonar al otro lado de la puerta cerrada.

La melodía se interrumpió exactamente en el mismo punto.

Todavía no sabía qué pretendía hacer Cyril con ella.

Sin embargo, había otra pregunta que me inquietaba mucho más.

Si mañana me quedaba de verdad para escuchar el final, ¿sería capaz de marcharme antes de que empezara a tocar la siguiente pieza?

Capítulo 1 - Las reglas del juego

El viernes a las nueve de la mañana tuve la impresión de que alguien estaba intentando venderme mi propia idea en un envoltorio que yo no había pedido.

Sobre la mesa del despacho de Roman había tres versiones del programa de los conciertos de despedida del Półton. La primera era la que habíamos aprobado dos semanas antes. La segunda incluía algunas modificaciones razonables. La tercera parecía concebida por alguien que había decidido convertir un pequeño club de jazz en una sala de conciertos sin molestarse en comprobar si las paredes soportarían a tantos músicos.

Junto a aquella última versión figuraba el nombre de Cyril Nowak.

—Explícame por qué un grupo de ocho músicos tendría que tocar en un escenario donde apenas cabe un quinteto —dije, deslizando la hoja hacia Roman.

El propietario del club se ajustó las gafas.

—Sería el gran final. Algo extraordinario.

—Extraordinario también será ver cómo intenta salir el batería de detrás del piano.

Roman suspiró. Lo conocía desde hacía siete años y sabía que, cuando empezaba a ordenar los documentos en una pila perfectamente alineada, estaba preparándose para presentarme una propuesta que yo no quería escuchar.

—Cyril dice que puede hacerse.

—Cyril toca el contrabajo. Yo soy la responsable de conseguir que el público escuche algo más que acoples.

—¿Puedo responder a eso? —preguntó una voz a mis espaldas.

Me volví.

Estaba en la puerta con un vaso de café de cartón y un estuche colgado del hombro. Llevaba un abrigo oscuro bajo el que asomaba un jersey gris. A la luz del día parecía diferente de la noche anterior. Menos misterioso, más corriente. Solo conservaba la misma mirada: serena, atenta y con un matiz que podría haber llamado diversión.

—Por supuesto —respondí—. Justamente hemos llegado al momento en que nos explicas cómo piensas meter a ocho personas en catorce metros cuadrados.

Cyril dejó el café sobre la mesa.

—No pienso hacerlo.

Lo miré.

—¿Perdona?

—No quiero que haya ocho personas en el escenario al mismo tiempo. Quiero tres formaciones que se vayan alternando. La última pieza la tocaremos todos, pero no necesariamente uno al lado del otro.

Roman abrió los brazos.

—¿Lo ves? Por eso os decía que teníais que hablar.

—Y por eso yo pedía una descripción técnica, no una lista de nombres —repliqué.

Cyril se sentó frente a mí.

—Tienes razón.

No esperaba que cediera con tanta facilidad. Ya había preparado argumentos, cálculos y varias maneras muy educadas de explicarle que los músicos famosos tampoco

estaban exentos de las leyes de la física. Sin embargo, aceptó mi observación sin intentar defender su orgullo.

—Entonces empecemos por el principio —dije—. ¿Cuántas personas necesitas realmente para el concierto final?

—Necesito poder invitar a los músicos que han formado parte de la historia de este lugar. No quiero convertirlo en un desfile de nombres. Quiero que cada uno toque algo que de verdad lo vincule con el Półton.

—Eso sigue sin responder a mi pregunta.

—Siete invitados además de mí, pero en distintas combinaciones.

Abrí mi cuaderno.

—¿Instrumentos?

Durante los siguientes quince minutos hablamos de micrófonos, monitores, la colocación del piano y las posibilidades de aquel pequeño escenario. Cyril conocía las necesidades de los músicos invitados mejor de lo que esperaba. No respondía con generalidades. Sabía qué saxofonista detestaba tener un monitor a los pies y por qué cierta pianista necesitaba más espacio a la izquierda del instrumento.

Aquello me resultó atractivo de una manera que no pensaba comentar.

Me gustaba la gente competente en su trabajo. Me gustaban todavía más quienes no necesitaban recordárselo continuamente a los demás.

El problema apareció cuando llegamos al calendario.

—Ensayo general el jueves, concierto final el sábado —dijo Cyril.

—El ensayo será el viernes —lo corregí—. El jueves estoy ocupada.

—El viernes es demasiado tarde. Los músicos vienen de distintas ciudades. Necesitamos tiempo para hacer ajustes.

—Precisamente por eso había previsto dos ensayos más cortos, el miércoles y el viernes.

—No todos pueden venir el miércoles.

—Y yo no puedo el jueves.

Cyril dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Es un compromiso importante?

—Sí.

—¿Podemos saber cuál?

—No veo por qué.

Se hizo el silencio.

Roman nos miró primero a mí y después a Cyril, como si estuviera intentando decidir a cuál de los dos debía rescatar.

—Tamara lleva varios proyectos —explicó.

—Lo sé —respondió el músico—. Pregunto si existe la posibilidad de cambiar la fecha, no estoy exigiéndole que me rinda cuentas de su vida.

La distinción era razonable. Sin embargo, no cambiaba el hecho de que tenía reservado el jueves para la primera sesión de prueba en mi propio estudio. Iba a venir una cantante de Cracovia a la que llevaba meses intentando convencer para que colaborara conmigo. Aplazar el encuentro suponía arriesgarme a perder el encargo.

—No existe esa posibilidad —dije.

Cyril hizo girar el bolígrafo entre los dedos durante unos instantes.

—Entonces busquemos otra solución.

—Eso es lo que sugerí hace diez minutos.

—Lo sé. Ahora intento recuperar el tiempo perdido.

Sonreí sin querer.

Roman aprovechó el momento.

—Bueno, os dejo con el programa. Tengo que hablar con los obreros.

Salió antes de que pudiera protestar.

Nos quedamos solos en aquella pequeña habitación que olía a café, papel viejo y madera. Por la puerta entreabierta llegaban los sonidos de los preparativos para el concierto de la noche. Alguien arrastraba sillas, otra persona comprobaba la iluminación. Conocía aquel caos sonoro tan bien como mi propia cocina.

—Ayer dijiste que las sorpresas podían salir caras —comentó Cyril.

—Sigo pensándolo.

—Me gustaría que el concierto final no fuera otra actuación que la gente graba con el móvil y olvida al día siguiente.

—A mí también.

—Entonces, ¿por qué tengo la impresión de que estás luchando contra mí desde el principio?

Cerré el cuaderno.

—Porque has venido con una idea que requiere horas adicionales de trabajo de varias personas, pero nadie les ha preguntado si pueden dedicarlas.

No apartó la mirada.

—Tienes razón.

Esta vez respondió tan deprisa que dejé de interpretarlo como una concesión cortés.

—¿De verdad?

—De verdad. Me he acostumbrado a que alguien organice la parte técnica de los conciertos. Eso no significa que deba dar por hecho que siempre tendrá tiempo para hacerlo.

Miré sus manos. Tenía los dedos largos y pequeñas durezas en las yemas, características de quienes tocan instrumentos de cuerda. Ahora descansaban tranquilamente sobre la mesa, sin tamborilear nerviosamente ningún ritmo.

—Entonces, ¿qué propones? —pregunté.

—Hoy prepararé un guion detallado. Tú comprobarás qué es posible. Después decidiremos a qué renunciamos.

—¿Y lo harás sin añadir ensayos inesperados a mi calendario?

—Lo intentaré.

—Cyril.

—Está bien. Lo haré.

Sonrió, y no me gustó lo fácilmente que aquella sonrisa cambiaba el ambiente entre nosotros.

El teléfono que descansaba junto a su café comenzó a vibrar. En la pantalla vi el mismo nombre que había alcanzado a distinguir la noche anterior. Marek.

Cyril puso el móvil boca abajo.

—No tienes que ignorar el teléfono por mi culpa —dije.

—No lo ignoro por ti.

—Parece un asunto de trabajo.

—Lo es.

No añadió nada más. En lugar de hacerlo, deslizó hacia mí la hoja con la propuesta del programa.

—¿Podemos volver a nuestras seis semanas?

Aquel «nuestras» sonó sorprendentemente natural.

Durante la hora siguiente establecimos un orden provisional de actuaciones. Cyril renunciaba a algunas ideas sin ofenderse, pero con otras podía ser bastante obstinado. Le importaba especialmente la pieza que debía cerrar el último concierto. Todavía no quería decirme su título ni la formación definitiva.

—Si no conozco los instrumentos, no puedo preparar el plan —le recordé.

—Los conocerás. Solo necesito unos días.

—No firmo contratos con un misterio en lugar de una ficha técnica.

—¿Y si prometo que no habrá sorpresas técnicas?

—Ayer me prometiste una melodía terminada. Todavía no sé cómo acaba.

Me miró visiblemente sorprendido.

—¿Te acuerdas?

—Tengo buena memoria para los asuntos pendientes.

—No pensé que estuvieras escuchando con tanta atención.

—Es mi trabajo.

—Por supuesto.

Lo dijo sin burla, pero durante un segundo tuve ganas de explicarle que no todos los detalles de nuestro encuentro se debían a mis obligaciones profesionales. Por suerte, terminó imponiéndose el sentido común.

A las once y media tenía que marcharme a una reunión con un proveedor de equipos para mi estudio. Recogí los documentos, revisé el calendario y envié a Roman un mensaje con los acuerdos. Cyril me ayudó a ordenar las hojas que habían quedado esparcidas por la mesa.

—Parece que planificas todo el mes en intervalos de quince minutos —observó.

—No todo. Dejo los domingos en manos del azar.

—Qué atrevida.

—Intento vivir peligrosamente.

Me sostuvo la puerta cuando salí del despacho.

—Sabes que a veces hay que dejar espacio para lo imprevisto, ¿verdad?

—También sé que las personas que dicen esas cosas suelen esperar que alguien más se ocupe de arreglar las consecuencias.

Se detuvo.

—Hablas por experiencia.

No era una pregunta.

Durante un instante vi ante mí otro apartamento, otra ciudad y a un hombre que en otro tiempo sabía decir: «Ven, si puedes trabajar desde cualquier sitio». Como si mi trabajo fuera algo que cabía dentro de un portátil y pudiera viajar detrás de sus ambiciones.

—Por suficiente experiencia —respondí.

Cyril no intentó averiguar nada más.

—No quería sonar como alguien que menosprecia tus planes.

—Entonces me alegra que lo hayas aclarado.

Abajo me detuve junto a la barra. Detrás del mostrador, Lena, la encargada del club, estaba llenando unos vasos de agua. Era una de las pocas personas que comprendían que mi silencio mientras trabajaba no significaba que estuviera de mal humor.

—Tamara, ¿tienes un minuto? —preguntó.

—Si de verdad es un minuto.

Lena me entregó un sobre con un contrato para encargarme del sonido de otro concierto la semana siguiente. Comprobé la fecha y negué inmediatamente con la cabeza.

—No puedo. Ese día tengo grabaciones.

—Roman esperaba que aceptaras.

—Roman conoce mi calendario.

Cyril, que se había detenido unos pasos más allá, no intervino. Cuando Lena suspiró, le devolví el sobre.

—Puedo recomendarte a alguien bueno. Pero yo no voy a encargarme.

—Claro. Le preguntaré a Roman si acepta que venga otra persona.

Solo cuando salimos del club, Cyril volvió a hablar.

—¿Te cuesta decir que no?

—No. Lo que me costó fue aprender a hacerlo.

—¿Y ahora?

—Ahora intento no olvidarlo.

Durante unos momentos contemplamos la acera mojada. El Katowice de noviembre tenía una tonalidad gris muy particular que solo se suavizaba por la noche, cuando se iluminaban los escaparates de las cafeterías y las ventanas de las viviendas.

Cyril sacó el teléfono.

—¿Puedo enviarte el guion hoy?

—Por supuesto.

—¿Me das tu número?

—Roman lo tiene.

—Preferiría que me lo dieras tú.

Lo miré. Esta vez no sonreía. Esperaba, como si mi respuesta pudiera ser realmente negativa.

Le di mi número.

Lo guardó y me envió un mensaje breve. En la pantalla apareció su nombre junto a una frase: «Sin sorpresas. Al menos técnicas».

—Muy profesional —comenté.

—Intento adaptarme a tus estándares.

Debería haberme dirigido entonces hacia el aparcamiento. En lugar de hacerlo, pregunté:

—¿Por qué es tan importante para ti ese concierto final?

Cyril miró hacia la entrada del Półton.

—Porque cuando tenía veinte años, Roman me dejó tocar aquí, aunque todavía no sabía escuchar a los demás músicos. A mitad del concierto me perdí por completo. Podría no haber vuelto a invitarme.

—Y, sin embargo, volvió a hacerlo.

—Me dijo que el talento era menos importante que la disposición para aprender. Entonces pensé que era un viejo cascarrabias.

—¿Y hoy?

—Hoy sé que tenía razón.

No había ninguna pose sentimental en su voz. Hablaba de algo que realmente había contribuido a convertirlo en quien era. De pronto, aquel concierto final dejó de ser para mí otra fecha más en el calendario.

—Entonces hagámoslo bien —dije.

Sonrió.

—Eso es exactamente lo que llevo intentando proponerte toda la mañana.

—Con la diferencia de que yo también pienso dormir durante las próximas seis semanas.

—Un plan sensato.

Empecé a caminar hacia mi coche, pero después de unos pasos escuché su voz.

—¿Tamara?

Me volví.

—Ayer dijiste que ya veríamos.

—¿Sobre qué?

—Sobre si escucharías la pieza hasta el final.

Sabía perfectamente de qué hablaba. Fingir que no lo recordaba habría sido infantil.

—Primero envíame el guion.

—¿Y después?

—Después veremos si sabes cumplir tus promesas.

Una vez dentro del coche, tardé un rato en arrancar el motor. Abrí el calendario y comprobé las fechas relacionadas con mi estudio. Todo estaba en su sitio. Ningún concierto adicional, ningún cambio de planes, ninguna obligación con un hombre al que había conocido apenas la noche anterior.

Aun así, antes de marcharme volví a leer su mensaje.

No porque fuera especialmente divertido.

Sino porque, por primera vez en mucho tiempo, alguien me había pedido el número de teléfono de una manera que no insinuaba que, a partir de ese momento, tuviera derecho a disponer de mi tiempo.

Por la noche, cuando regresé a mi apartamento, me esperaba un correo electrónico de Cyril.

El archivo adjunto tenía ocho páginas. Una descripción detallada de los instrumentos, el orden de las actuaciones, los cambios sobre el escenario y la duración prevista de los ensayos. Todo estaba organizado con una precisión que no esperaba de un hombre que tocaba con tanta libertad.

Al final del documento encontré una nota:

«La pieza final sigue abierta. No porque quiera complicarte el trabajo. Sino porque todavía no sé cómo debería terminar».

La leí dos veces.

Después abrí el calendario de mi propio estudio, lo cerré y me quedé mirando la noche del viernes siguiente, que todavía tenía libre.

No pensaba cambiar nada.

Pero, por primera vez en muchísimo tiempo, tenía ganas de que alguien me propusiera algo que yo no hubiera planeado de antemano.

Capítulo 2 - Fuera del guion

El lunes por la mañana encontré en mi correo un mensaje que me recordó eficazmente por qué no confiaba en las soluciones demasiado fáciles.

Roman había enviado el calendario actualizado del Półton. Había incorporado todas las modificaciones acordadas con Cyril, pero en la última columna aparecían tres noches adicionales junto a mi nombre.

Nadie las había consultado conmigo.

Nadie había acordado pagarme por ellas.

Y, lo que más me irritó, coincidían con la primera fase de trabajo en mi estudio.

Lo llamé inmediatamente.

—Roman, ¿puedes explicarme por qué aparezco asignada a unos ensayos de los que nunca hemos hablado?

—Buenos días, Tamara.

—Buenos días. ¿Por qué?

Escuché un crujido de papeles.

—Pensé que, como estáis trabajando con Cyril en el concierto final, lo natural sería...

—Lo natural sería preguntarme si estoy disponible.

—Tienes razón. Lo siento. Es que la situación se está complicando.

Me apoyé contra la encimera de la cocina. Al otro lado de la ventana, los coches avanzaban lentamente por la calle mojada, mientras la cafetera emitía unos ruidos que sugerían

que tampoco estaba demasiado satisfecha con el comienzo de la semana.

—¿Qué está pasando?

—Las obras empezarán antes en una parte de la zona de servicio. Tenemos que adelantar el desmontaje de la instalación antigua. Si no terminamos los conciertos a tiempo, perderemos al equipo de reformas.

—Eso no es motivo para añadirme trabajo sin preguntar.

—Lo sé.

—Necesito una lista completa de los cambios antes del mediodía. Sin suposiciones.

—Te la enviaré.

Colgué y permanecí inmóvil unos instantes.

Unos años antes probablemente habría aceptado aquellas horas adicionales, aplazando mis propios planes. Lo habría hecho por sentido de la responsabilidad, y después habría pasado los días agotada y enfadada con todo el mundo menos conmigo misma.

Ya estaba harta de aquella forma de entender la responsabilidad.

El mensaje de Cyril llegó cuando estaba terminando de desayunar.

«Roman me ha contado el lío. No sabía nada de los ensayos adicionales. Me gustaría acordar contigo un plan que no requiera milagros».

Le respondí:

«Es un buen comienzo. Los milagros no están incluidos entre mis servicios».

Su respuesta apareció casi de inmediato.

«Entiendo. ¿Y el café? ¿El café sí está incluido?».

Sonreí mirando el teléfono, aunque unos instantes antes había tenido ganas de tirarlo por la ventana.

«Depende de si hablamos de una reunión profesional».

«Para empezar, sí. Después puedes decidirlo tú».

Leí aquella última frase dos veces.

No contenía ninguna gran declaración ni una audacia especial. Precisamente por eso me pareció más personal que todas las invitaciones insistentes que había escuchado en los clubes durante los últimos años.

«Después de las cinco. Una hora. Elige un sitio cerca del Półton».

«Te enviaré la dirección. Y prometo no llevar a ocho músicos».

Esta vez me reí de verdad.

A las cinco y diez entré en una pequeña cafetería de la calle Mariacka. Cyril estaba sentado junto a la ventana, con un cuaderno abierto sobre las rodillas. Cuando me vio, lo cerró y se levantó.

No llevaba nada especial. Pantalones oscuros, un jersey claro y el abrigo colgado del respaldo de la silla. Sin embargo, enseguida advertí que parecía más relajado que en el club. Como si estar en un lugar sin instrumentos ni público expectante le permitiera mostrarse menos cauteloso.

—Llego diez minutos tarde —dije.

—Me he dado cuenta.

—Has tenido ocasión de escapar.